



La felicidad es
un té contigo

MAMEN SÁNCHEZ

La inexplicable desaparición del *gentleman* Atticus Craftsman en el corazón de las tinieblas de la España profunda parece estar relacionada con las malas artes de cinco mujeres desesperadas, las empleadas de la revista *Librarte*, capaces de cualquier cosa con tal de conservar su trabajo.

El inspector Manchego será el encargado de desenredar una trama en la que la comedia romántica se mezcla con el drama más tierno, la intriga policiaca desemboca en el mayor hallazgo literario de todos los tiempos, lo difícil se vuelve fácil y los problemas se ahogan en un mar de lágrimas... de risa. Todo esto para terminar descubriendo, qué cosas, que el amor lo explica todo.

AVISO PARA LECTORES: Esta novela puede afectar seriamente su percepción pesimista de la realidad. Provoca carcajadas y ganas de más. Sus personajes son como los hijos: cuanto más tropiezan, más se les quiere. Cuidado con sus corazones: les pueden entrar ganas irrefrenables de enamorarse. Y de vivir.

Para Maru, mi amiga, tu novela

EL despacho del inspector Manchego no era un despacho propiamente dicho, sino más bien una sala diáfana dividida en varios cuadriláteros separados por delgados paneles de pladur, muy prácticos, eso sí, donde cada cual era libre de fabricar su propio *collage* de recortes, fotografías, notas con mensajes urgentes, felicitaciones de Navidad, informes policiales y listas telefónicas de restaurantes con envío a domicilio. La distribución recordaba bastante a la de los probadores de algunos centros comerciales en los que, inevitablemente, dado que carecen de techo y de cualquier sistema de aislamiento acústico, se escuchan comentarios tremendamente indiscretos sobre los diversos tipos de frutas y embutidos con los que puede compararse la anatomía femenina moldeada por un pantalón demasiado estrecho. La diferencia era que allí, en lugar de catástrofes estéticas, se ventilaban asuntos de otra índole; más del tipo violencia y malos tratos, robos con intimidación, asaltos a cajeros o peleas callejeras. Palabras como «denuncia», «acusación», «proceso judicial» y «pena de prisión» saltaban de un cubículo a otro como pulguillas en un colchón infesto.

Tampoco se llamaba Manchego, pero el inspector, cuyo verdadero nombre era Alonso Jandalillo, fantaseaba con la idea de parecerse al Quijote no sólo por la coincidencia del patronímico, sino también por la inmortalidad de sus gestas —a pesar de que hasta el momento su historial no reflejaba ninguna digna de mención—, y por ese motivo había adoptado el alias Manchego en las dos o tres operaciones de campo en las que había intervenido. Qué bien sonaban

aquellas tres sílabas acompañadas del ruido de fondo del *walkie-talkie*.

A veces, él, que era un hombre de acción por mucha barriga que estuviera echando últimamente, se lamentaba del sedentarismo al que le obligaba su cómoda tarea de despacho en aquella comisaría de barrio a la que lo habían destinado el día en que cumplió los cincuenta y quedó exento de patrullar las calles de Madrid. Añoraba el subidón de adrenalina que experimentaba al volante de su coche oficial con la sirena a todo volumen y el altavoz intimidatorio: «Apártese, señora, leche, quite la furgoneta de delante, que vamos en misión secreta».

Por eso, la irrupción imponente del señor Marlow Craftsman y de su intérprete, el señor Bestman, en los tres metros cuadrados en que consistía su finca, ambos con traje de chaqueta de *tweed* y chaleco, maletín de cuero negro, zapatos caros y gabardina gris, le devolvieron la esperanza en aquella profesión que tanto le apasionaba a pesar de que la mayor parte del tiempo no le daba más que disgustos.

Sintió el impulso de levantarse a recibirlos, pero se contuvo a tiempo. Un inspector de policía no es un hombre de negocios, se recordó, no estrecha manos, no sonríe, ni siquiera interrumpe el ritmo mecánico de su teclado. A lo sumo, y como muestra máxima de cortesía, se quita el cigarrillo de la boca y lo golpea un par de veces contra el borde del cenicero, se aclara la garganta con un carraspeo y luego dice: «Por favor, tomen asiento». Entonces, una vez que los ojos de los visitantes se encuentran al mismo nivel que los propios y ya no hay modo de que lo intimiden a uno mirándolo de arriba abajo, puede elevar la cabeza y preguntar: «¿En qué puedo ayudarles?».

Marlow Craftsman rondaba los sesenta años de edad, a juzgar por las líneas de expresión que rodeaban sus ojillos de rata. Estaba pálido como un fiambre, tenía la piel del

mismísimo color del jamón cocido y sus labios eran tan estrechos que parecían haber sido dibujados con tiralíneas.

El intérprete era algo más joven, pero igual de rosa. Tenía más pelo, gris y negro, y usaba gafas para ver de cerca.

—Permítame presentarle a mi jefe —dijo Bestman en un español gramaticalmente impecable y acústicamente horripilante—: Mister Marlow Craftsman, de Craftsman&Co.

El inspector puso cara de bobo. Lo notó perfectamente. Por la emoción con la que el sujeto había pronunciado aquel nombre, seguido de un silencio prolongado para dejar rebotar el eco de su voz en el pladur, lo más probable era que se hallara ante un magnate de las finanzas. Sonaba a banco. Un banco de esos que llevan más de ciento cincuenta años en manos de la misma familia de aristócratas ingleses. Porque no cabía duda de que aquellos dos especímenes eran hijos de la Pérfida Albión; de ahí sus aires de superioridad y la marca Hamilton de sus relojes, aguda observación de la que más tarde tendría tiempo de jactarse, cuando rememorara la escena.

—Ajá —respondió sin añadir ningún comentario, dado que no tenía ni la más remota idea de qué significaba aquel nombre.

—Mr. Craftsman viene de Londres para denunciar la desaparición de su hijo Atticus Craftsman. Puesto que la última residencia conocida del joven señor Craftsman se encuentra en el número 5 de la calle del Alamillo, hemos sido advertidos por Scotland Yard de la conveniencia de abrir diligencias aquí, en su comisaría, por ser la más cercana a su domicilio.

—¿Les envía Scotland Yard? —Aquello prometía.

—No exactamente, señor Jandalillo...

—Inspector Manchego —le interrumpió el policía.

—No exactamente, inspector Manchego —repitió el otro—. Simplemente, hemos sido derivados aquí por la oficina de allá.

—Entiendo.

—El caso es que el señor Atticus Craftsman lleva tres meses sin dar señales de vida. La última comunicación que estableció con su padre fue a través de un mensaje telefónico el pasado 10 de agosto.

—¿Podría escuchar el mensaje? —preguntó Manchego.

—Está en inglés —respondió el intérprete al tiempo que abría su maletín y sacaba un *smartphone* de última generación.

Apretó varios botones. Acercó el dispositivo a la oreja del inspector y contuvo la respiración. Manchego escuchó una voz nasal, como de persona constipada, sobre un rítmico sonido de fondo, una especie de lamento o de oración, y los acordes de una guitarra. Por supuesto, no entendió una sola palabra de lo que decía el interlocutor, pero sí pudo intuir que no se trataba de ningún mensaje de socorro porque no había angustia en el tono de voz. También por la noche, al recordar este detalle, se felicitaría por sus dotes de investigador.

—¿Qué dice? —Tuvo que reconocer que el idioma inglés era su gran asignatura pendiente.

—Dice textualmente: «Papá, déjalo en mis manos. Lo tengo todo bajo control».

El inspector, automáticamente, dirigió una mirada inquisitiva al señor Craftsman. El hombre, a su vez, tenía sus ojillos colorados clavados en los del inspector.

—¿Y bien? —lo interrogó—. ¿Sabe a qué se refiere?

El intérprete tradujo. El señor Craftsman respondió.

—Mi jefe dice que probablemente se refiera al trabajo del que se estaba encargando en Madrid.

Manchego se echó para atrás. Después de todo, iba a resultar que este caso era como todos. Asuntos feos de estupefacientes y ajustes de cuentas.

—Señor *Crasman* —lo increpó—, ¿está su hijo involucrado en el tráfico de drogas?

—¡No, por Dios! —respondió Bestman sin traducir siquiera—. El joven señor Craftsman, al igual que su padre,

aquí presente, su difunto abuelo y todos sus antepasados por línea paterna hasta el siglo XVII, se dedica al negocio editorial.

—Entiendo —dijo Manchego.

—Es un joven respetable, educado en Exeter College, Oxford, con un expediente académico sobresaliente y una trayectoria profesional intachable. Nunca se ha visto envuelto en ningún asunto turbio de ninguna clase. Él es la víctima, no el sospechoso.

El inspector Manchego le dio una larga calada a su cigarro. Había dado un paso en falso, cierto, pero es que, según les explicó a los ingleses, era necesario explorar todas y cada una de las posibles causas de una desaparición, hasta las más inverosímiles.

—Hay que ir descartando opciones —sentenció.

—El señor Craftsman se inclina más bien por la eventualidad de un secuestro —respondió el traductor.

—¿Por qué? —quiso saber Manchego—. ¿Han recibido ustedes alguna llamada exigiendo un rescate? ¿Tienen alguna prueba de que el joven haya sido retenido en contra de su voluntad?

—Lo cierto es que no.

—Entonces, ciñámonos a los hechos y no divaguemos, señores míos.

Era importante mantener siempre una posición de dominio sobre el inglés, se dijo Manchego. Abrió el programa informático que contenía los formularios de denuncias, seleccionó la pestaña «nuevo documento en blanco» y escribió: «Caso Crasman», aunque luego lo cambió por «Craftsman» a instancias del traductor:

El denunciante, Marlow Craftsman, denuncia la desaparición de su hijo, Atticus Craftsman, de treinta años de edad, un metro ochenta y siete, de comple-

xión más bien robusta, rubio, ojos verdes, ligera cojera por una antigua lesión de remo...

Se detuvo y frunció el ceño.

—¿De remo?

—Así es. Una rotura de tendón.

Manchego se imaginó al joven remando en una trainera por el río Támesis. La espalda musculosa, los hombros vigorosos, los brazos fornidos, pero ¿las piernas? Casi no se utilizaban las piernas en una trainera. Mentalmente apuntó: «Investigar la función de las piernas en la práctica del deporte del remo».

... siendo la última dirección conocida del joven señor Craftsman el segundo derecha del número 5 de la calle del Alamillo, Madrid, y habiéndose puesto en contacto con su padre por última vez el día 10 de agosto de 2012 a las ocho de la noche, hora de Londres.

Se detuvo un momento. Vaciló. Después tecleó la última frase:

No hay indicios de que el caso tenga relación con el tráfico de drogas.

—Muy bien, señores —dijo después de tomar aire—. Tramitaré la denuncia hoy mismo y la investigación dará comienzo cuanto antes. Recibirán noticias mías muy pronto.

Hizo ademán de levantarse a despedirlos, pero al ver que los dos hombres permanecían sentados regresó a su silla de inmediato. El señor Craftsman daba indicaciones al traductor. Muchas.

—Mi jefe se extraña de que no necesite usted ningún otro dato.

Manchego levantó una ceja.

—Aquí las cosas son como son. Los plazos son los que son. No aceptamos pagos, ni sobornos, ni nada de eso para agilizar los trámites, como ustedes comprenderán.

—¿Pero de qué habla? —se maravilló el otro—. Nos referimos a muestras de ADN, fotografías de la víctima, datos bancarios, localizador de llamadas, matrícula del coche que conducía cuando fue visto por última vez...

El inspector carraspeó. Se revolvió en su asiento. Contraatacó.

—Así que me ha ocultado el hecho de que el señor *Crasman* conducía un coche cuando fue visto por última vez.

—No hemos ocultado nada —protestó Bestman—. Ha sido usted el que no ha preguntado.

—No estará insinuando que no sé hacer mi trabajo, ¿verdad?

Posición de dominio, se recordó Manchego, posición de dominio.

—Por supuesto que no.

—Entonces dígame de una vez todo lo que saben sobre el caso. Y le advierto que si descubro que me ocultan alguna información importante, serán ustedes dos objeto de investigación.

Los ingleses intercambiaron algunas frases en voz baja. Después abrieron sus maletines a la vez y sacaron sendas carpetas que colocaron delante del ordenador de Manchego. La noche sería larga, se lamentó el inspector; tendría que leer todo aquello para poder redactar la denuncia.

—Esta carpeta contiene todos los datos en inglés y esta otra su traducción al español —explicó el intérprete.

—Muy bien.

—Como carecemos de un estudio de ADN del joven señor *Craftsman* —añadió el inglés—, tal vez sería conveniente que tomara usted una muestra a mi jefe, su padre.

Manchego se rascó la nuca. Jamás en su vida se había visto en una situación como aquella.

—Tendrán que esperar un momento —anunció.

Se levantó y abandonó el despacho a toda prisa. Salió a la calle, cruzó el semáforo, entró en la farmacia de Adelina y pidió unos bastoncillos de algodón. Pagó en efectivo. Regresó a la comisaría, entró en el cubículo donde aquellos dos hombres le aguardaban intrigados y dijo:

—A ver, señor *Crasman*, abra usted la boca.

Atticus Craftsman recordaba perfectamente el ruido que hizo el tendón de su rodilla al romperse, en plena regata contra Cambridge, y también el del remo contra el agua. Por séptimo año consecutivo, por culpa de su lesión, la Universidad de Oxford quedó segunda en aquella competición que sólo contaba con dos equipos participantes. La rivalidad con los de azul celeste formaba parte de los cientos de pequeñas o grandes tradiciones ancestrales del campus; como la de la corbata de rayas de colores, el juramento — sobre la Biblia— de abstenerse de comer chicle dentro de la Biblioteca Bodleiana, la cursilada de las fresas y el *champagne* en las praderas de Christ Church o la prohibición de pisar la hierba del parterre central del colegio, con la consecuente incomodidad de tener que dar la vuelta entera al patio para atravesarlo.

Todas aquellas normas resultaban chocantes al principio, pero después de sobrevivir al primer año, no sólo se obedecían con devoción, sino que se perpetuaban para los restos porque misteriosamente entraban a formar parte del espíritu colectivo del rebaño estudiantil.

Tampoco había olvidado Atticus lo que sintió al contemplar por primera vez la placa conmemorativa que colgaba de la puerta de su dormitorio: «Aquí residió el famoso escritor J. R. R. Tolkien».

No era casualidad. Marlow Craftsman, propietario de la editorial Craftsman&Co, había insistido mucho al rector para que a su hijo Atticus le fuera asignada la habitación en la que se había concebido *El señor de los anillos* —a sus ojos una de las obras más representativas de la literatura univer-

sal—, y aquel deseo le había sido concedido sin demora, dada su condición de miembro del patronato del colegio y benefactor de la biblioteca. Antes que Atticus, su hermano mayor, Holden, había ocupado aquel cuarto y en él había concebido a su primer hijo, Oliver, con el consiguiente disgusto de su madre, que hubiera preferido una boda por todo lo alto, sin bebé en camino. El propio Marlow, su padre Dorian y su abuelo Sherlock, miembro fundador de los Apoláusticos, también habían sido en su momento inquilinos de aquella habitación cuya posesión había llegado a ser tan sagrada para los Craftsman como la vieja costumbre familiar de poner a sus niños el nombre del protagonista de alguna novela de culto.

El caso es que Atticus, indefenso ante la puerta de su nueva vida, lo que realmente sintió no fue el orgullo del que tanto le había hablado su padre, sino una presión insostenible en la boca del estómago porque comprendió que aquella placa le exigía una capacidad intelectual y una inquietud artística de las que carecía por completo.

Así que, después de sufrir durante unos días la angustia de no ser capaz de hacerle los honores a Tolkien, pegó sobre el rectángulo de plata un adhesivo con el escudo del Chelsea y se apuntó al equipo de fútbol, al de *punting* y al de remo, disciplinas en las que destacó notablemente.

También se contrató como guía del museo del campus, a pesar de que no necesitaba el dinero y de que el uniforme era una especie de vestimenta medieval ridícula, pero es que la chica de sus sueños, que sí necesitaba el dinero, trabajaba en la taquilla cobrando la entrada, y éste fue el mejor modo que se le ocurrió de acercarse a ella sin levantar sospechas.

La chica se llamaba Lisbeth y aquel día, el de la rotura del tendón, estaba siguiendo la regata desde lo alto del puente, con una pañoleta azul marino atada al cuello. Cuando la trainera de Atticus perdió el ritmo, ella, desola-

da, se alejó del río abrazada a un alumno de Lincoln College.

Las seis semanas que siguieron a su operación de rodilla las pasó el joven Craftsman convaleciente en la casa de campo de la familia, en el condado de Kent. Aunque su padre se empeñaba en dar el nombre de «granja» a aquella extensión de prados verdes en los que sólo se cultivaba pasto, la propiedad era, a todas luces, una finca de recreo, con su mansión victoriana, sus cuadras, sus jardines y su lago con patos.

Contaba con una biblioteca de caoba que conservaba más de ocho mil volúmenes encuadernados en cuero, algunos de los cuales eran auténticos tesoros. Aquél fue el lugar preferido por Atticus para pasar los solitarios días de su encierro, viendo llover por las ventanas, recordando a Lisbeth, alimentando el fuego y curioseando entre aquellos libros, que, hasta el momento, sólo le habían parecido objetos de adorno. Descubrió filosofías antiguas, mentalidades vanguardistas, grabados valiosísimos, postales en blanco y negro de lugares ya inexistentes, perversiones asombrosas, vidas de santos, Byron, Keats y Beckett, todos mezclados en su biblioteca y en su cabeza, en una amalgama de miel y limón.

Los fines de semana la casa se llenaba de vida. Regresaban sus padres de Londres, aparecían sus amigos, Holden traía al pequeño Oliver en una mochila colgado a la espalda y la biblioteca se transformaba en un salón donde se tomaba el té y se hablaba a gritos.

El domingo por la tarde, Atticus sentía una ansiedad inexplicable, como de bicho raro, anticipando el momento en que todos ellos se subieran a sus coches y desaparecieran por el camino de los castaños y él, por fin, recuperara el control de su ejército de relatos y poemas.

La rodilla sanó al tiempo que su cabeza se esponjaba y su espíritu absorbía aquellos sentimientos ajenos para convertirlos en propios.

Cuando regresó a Oxford era otro hombre. Más valiente.

Fue a buscar a Lisbeth al museo, la sacó de la taquilla y la condujo por las calles empedradas del centro hasta la pequeña iglesia de su *college*, siempre vacía. Una vez allí, cerró la puerta por dentro, abrió la tapa del piano, tocó *Puente sobre aguas turbulentas*, en recuerdo del fatídico día de la regata, tocó gotas de lluvia cayendo sobre su cabeza, tocó su mano suave, tocó su pelo y su cara. Le dijo: «¿Quieres ver mi cuarto?».

Durmieron abrazados en la cama estrecha de la habitación. Las visitas femeninas estaban prohibidas en Exeter College, pero Mr. Shortsight, el vigilante, tenía la manga muy ancha y la vista muy gorda, sabía fingir un sueño muy profundo en el butacón de la garita y además disfrutaba escuchando los suspiros nocturnos de las amantes prohibidas. La única norma de obligado cumplimiento, y eso lo sabían todos los alumnos sin excepción, era desalojar el cuarto de visitas clandestinas antes del amanecer, porque el bedel de día llegaba a las siete en punto con las gafas de ver de lejos y el listado de infracciones.

Lisbeth tenía el sueño ligero. Se despertó antes que Atticus. Estaba esperando a que él abriera los ojos, incorporada sobre la almohada, cuando se encontró frente a frente con un hombre de unos ochenta años y cara de sabio que fumaba en pipa y se hacía acompañar por un Hobbit chiquitín. Le dio los buenos días, cruzó el cuarto de lado a lado, se abrochó el chaleco y se esfumó.

—Creo que he visto el fantasma de Tolkien —le susurró a Atticus al oído.

Pero él le calló la boca a besos.